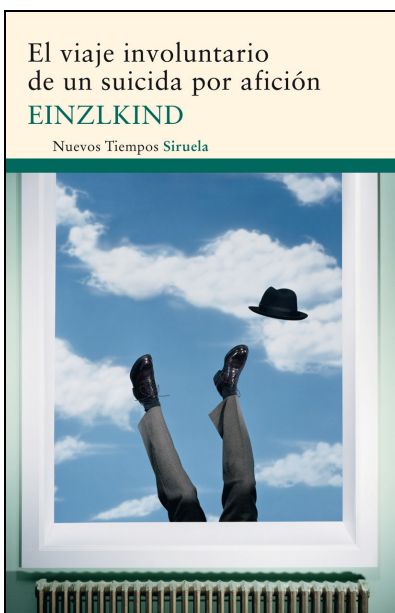




El viaje involuntario
de un suicida por afición
EINZLKIND



"Es maravilloso. Me refiero a Harold."
Hans Magnus Enzensberger



El viaje involuntario
de un suicida por afición
EINZLKIND

Colección Nuevos Tiempos, n° 206

A Harold le gusta suicidarse. Y es que se ahorca una vez al mes, durante la primera quincena, nunca si cae en martes y siempre antes de las nueve de la noche. Tiene la misma afición que su tocayo de *Harold y Maude*, una película estadounidense de los años 1970. Es lo único en lo que coinciden, pues Harold vive en Londres, tiene cuarenta y nueve años y acaba de perder su puesto de trabajo como vendedor de salchichas. Los jueves juega al bridge con tres señoras mayores. Es un hombre raro, quisquilloso y asustadizo que no se ha atrevido ni tan siquiera a entablar relación con mujeres. Una vida muy normal. Hasta que su nueva vecina se presenta frente a su puerta y le ruega que se quede con su hijo Melvin durante una semana. Pero Melvin no es un niño cualquiera. Ha leído cientos de libros y memorizado palabra por palabra cada uno de ellos en su cerebro de once años, un pequeño monstruito superdotado, algo así como una mezcla entre Hegel y Einstein con una lengua tan afilada como la hoja de un cuchillo. Melvin busca a su padre, y Harold accede a acompañarle en un recorrido a través de Inglaterra e Irlanda, donde se encontrarán con personajes de lo más variopintos. Un delirante viaje en el que el lector irá de la mano de la más extraña pareja con una pregunta de trasfondo: ¿encontrará finalmente Melvin a su verdadero padre?



El autor

Bajo el seudónimo de “einzelkind”, que en español podría traducirse como “hijo único”, el autor de esta obra mantiene su anonimato, hasta tal punto que ni los propios editores saben nada sobre él. En ningún momento ha llegado a descubrirse, facilitando únicamente su *mail* personal como forma de contacto. Tal es la atmósfera de misterio que envuelve al autor que resulta sorprendente que él mismo se describa como un “no fumador militante de gran sobrepeso” y, sin embargo, una foto nos muestra a un hombre delgado y rodeado de humo. Ni tan siquiera se conoce su lugar de residencia, quizás Inglaterra; o tal vez Alemania.

La revista *Der Spiegel* recalca este halo misterioso: “Un manuscrito que llega, un autor desconocido que se esconde bajo un pseudónimo muy particular y un golpe de suerte para el editor berlinés Klaus Bitterman quien, con *El viaje involuntario de un suicida por afición* ha tocado el cielo”.

Así es einzelkind: furtivo, contradictorio. “Un pícaro que cautiva”, según *Frankfurter Rundschau*.



La crítica ha dicho...

“A la altura de J.D Salinger, Terry Pratchett, Nick Hornby o Monty Python. Esta novela es una auténtica maravilla infernal”.

Ulrich Sonneschein, *Franckfurter Rundschau*

“Morirse de risa es fácil, pero en este libro también sucede lo contrario: un autor anónimo ha escrito el que va a ser el gran éxito del año”.

Oliver Jungen, *FAZ*

“Malvado, políticamente incorrecto, muy británico”.

Hessinscher Rundfunk

“Queremos destacar que no ha habido un libro tan ingenioso y divertido en años anteriores. Sin caer en el sentimentalismo einzlkind describe con empatía la tristeza de este viaje que, sin embargo, siempre vuelve a divertir y a hacer reír enérgicamente.”

Oberösterreichische Nachrichten

“¡Formidable! Harold es realmente estupendo y divertido. Los diálogos son graciosos y el libro tiene un magnetismo singular que me transportó por completo a ese viaje”.

Günter Willen

“Un libro sencillo y grandioso repleto de un cinismo malicioso pero sutil que nos deja el deseo de una continuación”.

Roland Steiner, *The Gap, Wien*

“La historia de Harold y Melvin tiene ecos de la trama padre-hijo de Nick Hornby, pero es mucho más absurda, graciosa, negra”.

Der Spiegel



Así empieza la obra...

“Harold siempre había creído que, después de morir mamá, heredaría el chalé y podría ahorrarse en la entrada dos veces por semana. Nunca pensó más allá. Pero cuando murió mamá no había quien pagara las deudas y, si el tío Derringham no se hubiera enfrentado al papeleo con la valentía de un héroe, quién sabe qué habría sido de Harold. Por suerte, el tío Derringham consiguió poner a su nombre la casa de alquiler de Golborne Road y acoger a Harold en el bajo en unas condiciones bastante buenas. Entretanto, Harold ha aprendido a valorar la seguridad, la retirada y lo eterno. Alguna vez incluso la sintonía consigo mismo, además de con el mensaje de su delantal, en el que pone: «Me llamo Harold. ¿En qué puedo servirle?». No es mucho lo que Harold puede hacer por sus semejantes. Tampoco éstos esperan gran cosa de él, y en un día como el de hoy el tiempo maltrata el buen humor de la gente, porque del cielo caen rayos que fulminan árboles. Sólo se oye lo que pasa. Verse no se ve absolutamente nada. No hay ventanas aquí abajo. Siempre ha sido así y, si se va a buscar algo bajo tierra, nadie espera encontrar nada distinto. La luz es artificial: inunda el pasillo desde el techo, se refleja y quiebra; en algunos rincones sólo brilla tenuemente, en otros deslumbra de forma sobrenatural. A los animales les da igual, ya no ven ninguna luz. Aunque el cerdo aún conserva los ojos. Brillan oscuros en su cabeza rosada. Tiene una pinta tan saludable que uno casi podría pensar que todavía vive, aunque sin cuerpo es imposible. Lo hay troceado, en filetes o picado. Todo tiene que tener buena pinta, fresca y con color intenso. Pero no debe brillar nunca, porque entonces los clientes no tendrían buenas vibraciones.

Al mediodía, Harold puede salir fuera siempre que le apetezca, durante la pausa. Por la puerta de los empleados, subiendo la escalera pequeña y cruzando después el patio de atrás, donde se pudre la basura en contenedores grises y el personal distrae el vicio echando humo. Cuando puede, Harold intenta evitar ese lugar, no tanto por los gatos vagabundos y las ratas que, si no se sienten observadas, salen deslizándose de todas las esquinas, rincones y agujeros para saciar su hambre en la mercancía putrefacta. Más bien lo evita por culpa del enemigo, que responde al nombre de Carol.

De la sección de lácteos.

Su mostrador está sólo a diez metros del de Harold en línea recta, y a veces lleva una cinta rosa en el pelo. Pero no es más que una forma de disimular, un intento de distraer la atención de su verdadero yo, de algo que no puede describirse con palabras y que está directamente relacionado con la



experiencia del dolor. Cuando mira a Harold, su expresión dice claramente: «Asesina en serie». A veces también «Colona de asentamiento hebreo». Le mete miedo a Harold con eso. Como el primer día, cuando al saludarle le estrujó la mano y como quien echa un piropo le dijo: «Tú no sobrevives aquí ni una semana». Al principio, a Harold le sedujo la idea cruel de que Carol fuera atropellada por un camión de camino al trabajo. Pero ahora ya tiene claro que es mucho más probable que sea Carol la que atropelle al camión. Harold desconoce la razón por la que Carol muere de semejante manera, sin soltar la presa. A lo mejor la violaron repetidamente cuando era niña, por su padre o por su hermano o por los dos. Y a lo mejor Harold se parece al padre o al hermano. Ella nunca se lo ha dicho...”

Puedes seguir leyendo en www.siruela.com

Si necesitas más información, puedes contactar con:

Elena Palacios epalacios@siruela.com 91 355 57 20

Ana Soteras asoteras@dcomunicacion.com 91 702 23 88